

ENTREVISTA AL DR. HORACIO CERUTTI GULDBERG

por Rubén Quiroz¹

Revista Solar (RS). Cuéntenos de Ud., ¿cómo se inició en la filosofía y quiénes fueron sus maestros, libros o situaciones históricas que le dieron un «giro copernicano» en su vida? ¿Cómo se sitúa en la filosofía latinoamericana? ¿Qué está investigando actualmente y a qué se dedica? ¿Aparte de la reflexión filosófica tiene otras ocupaciones? ¿Cuál es su relación con otros discursos como la poesía, el cine, la música, el teatro o las artes plásticas?

Horacio Cerutti Guldberg (HCG). La definición de mi vocación filosófica requirió de una trayectoria sinuosa. De niño variaba entre ser hermano marista (con quienes estudiaba), jesuita o médico. Después fui viendo con más claridad que el dolor ajeno me hacía demasiado mal y pensé que sería químico. Posteriormente, ya en el bachillerato, me interesó la química aplicada y estuve seguro, durante algunos años, de que sería Ingeniero Agrónomo. Hasta que un día, que recuerdo muy bien, leyendo en cuarto año del bachillerato para una clase de Psicología en el manual correspondiente, me encontré con los presocráticos y fue como una conexión instantánea: ¡sería filósofo! Volví del colegio a casa y le pregunté a mi madre si se podía estudiar filosofía en la universidad. Me dijo que pensaba que sí, porque ella había querido estudiar geografía y era en la Facultad de Filosofía y Letras. Desde ahí, y mientras concluía el bachillerato, mis compañeros me bautizaron, no sin fuerte ironía y gran admiración a la vez, como «el sofós». Enterado de que existía la filosofía comencé a leer la *Introducción a la Filosofía* de Jacques

1 Agradezco la cordialidad y la calidez académica para la realización de esta entrevista al Dr. Cerutti y su amplia disponibilidad para revitalizar el diálogo de nuestra comunidad latinoamericana. Esta comunicación se realizó en las primeras semanas de mayo de 2005.

Maritain y *¿Qué es filosofía?* de Ortega y Gasset. Tuve claro, desde el primer momento, que un saber tan seductor, admirable e indispensable no podía ser disfrute de unos pocos y debía abrirse a todos y todas. Fui cayendo en la cuenta de que quería llevar la filosofía a la calle, a la vida pública. Nada logró echar para atrás esta convicción. Ni los reparos familiares, especialmente de mis abuelos paternos que se opusieron tenazmente, ni las burlas de uno de mis profesores de quinto año, un hermano marista que, seguramente enterado de mis aviesas intenciones y sabedor de mi simpatía por el Vaticano II y Juan XXIII, me hizo pasar al frente a dar la lección de filosofía para exhibirme en público como alguien que nunca podría dedicarse a la filosofía por falta de capacidad... Ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza, Argentina, fue una experiencia inolvidable.

Con América Latina me fui encontrando de a pocos. Primero, fueron los ecos del 68 que me hicieron encontrarme con la utopía (un tema que no abandonaría jamás); después la insurrección popular conocida como «Cordobazo», que hizo tambalear a la dictadura militar de aquel momento. Junto con ello, la actividad como dirigente estudiantil y siempre la preocupación y la militancia política. Desde el principio de mis estudios de filosofía estaba convencido de que me dedicaría a la filosofía de la ciencia y a la lógica (trabajé mucho sobre el silogismo modal en Aristóteles, la «cruz de los lógicos» como se decía en la época medieval). Al cursar Historia de la Filosofía Argentina me sentí muy cerca e identificado con más de una lectura. Cuando tocó el último seminario de la carrera con vistas a la titulación, Arturo Roig nos organizó un programa leyendo y discutiendo lo que después me enteré eran las fuentes que había usado Augusto Salazar Bondy para redactar su clásico *¿Existe una filosofía de Nuestra América?* Ya nunca más abandonaría la reflexión latinoamericanista.

Me dedico a la Filosofía Latinoamericana, a la Historia de las Ideas (filosóficas) en América Latina y a la Filosofía Política. Actualmente dirijo un proyecto colectivo de investigación dedicado al tema: «Resistencia popular y ciudadanía restringida: ¿está en riesgo la democracia en América Latina?». Llevo años trabajando sobre democracia e integración en nuestra América. Por otro lado, tengo en proyecto un trabajo sobre las polémicas filosóficas latinoamericanas en la segunda mitad del siglo XX. Me interesa mostrar no sólo el desarrollo intrafilosófico (por así decirlo), sino la repercusión y traducción (¿traidora?) del conflicto social en el seno de la discusión teórico académica. Es un proyecto largamente rumiado y que me entusias-

ma mucho por sus aristas epistemológicas. Espero hacerme el tiempo para poder llevarlo a cabo. Nunca abandono mis estudios sobre la utopía y ahora he retomado un viejo proyecto iniciado a finales de los sesenta sobre el milenarismo mitigado de un jesuita chileno expulsado por Carlos III.

Aparte de la reflexión filosófica me encanta la política, aunque el exilio no me ha permitido ejercerla en plenitud. Me gusta estar al tanto y leer de ciencias llamadas «duras», especialmente la física contemporánea. También soy muy afecto a la Teología y a la hermenéutica bíblica latinoamericana, aunque no sea creyente. Las considero expresión muy relevante de la cultura latinoamericana. Disfruto de la literatura, soy adicto a la poesía y me gusta leerla en voz alta. He tratado de educar mi percepción de las artes plásticas, aunque nunca he podido dibujar bien. Me encantaría poder hacerlo y también pintar o esculpir. Disfruté haciendo teatro en la juventud de modo aficionado y disfruto asistiendo a representaciones. Soy un fanático del folclor argentino y me llega muy profundo la música caribeña y también la clásica. El cine me atrae mucho, pero odio ir por ir. Voy a ver películas de las que tengo una idea acerca de su tema, argumento, actores, directores, etc. Tengo necesidad de estar al tanto de las noticias. La radio ha sido mi compañera desde adolescente. Veo TV y leo periódicos. Selecciono lo que me llega por Internet. Me gusta cocinar y jugar a las cartas. En el deporte he probado casi todo. Me entusiasmaba mucho escalar y andar a caballo de joven. También la bicicleta y nadar. En México practiqué unos años remo en los canales de Xochimilco y después hice gimnasia olímpica en la UNAM. Dejé de practicarla hace unos siete años. Ayer comencé a hacer Yoga y me siento muy bien, aunque un poco agotado por la falta de condición física y el estrés de la vida ciudadana.

(RS). Ud. es uno de los intelectuales identificados con la filosofía de la liberación y uno de los más activos en esta corriente. Desde su surgimiento hasta ahora ¿ésta ha logrado sus objetivos sobre los cuales se insertó en la comunidad filosófica latinoamericana?

(HCG). Hace dos años se organizó una reunión en Río Cuarto, Córdoba, Argentina, para recordar los inicios treinta años atrás de la filosofía de la liberación. Allí nos homenajearon a algunos (no a todos) de los que consideraron pomposamente «fundadores». Esa filosofía surgió en medio de complejíssimos conflictos sociales y políticos en Argentina y en el contexto de una América Latina sacudida por el ciclo de terror que inició con el golpe de estado en el Brasil de 1964. En medio de la derrota que produjo el golpe del

76 en Argentina y que dio inicio a la que se conoció como la «guerra sucia» —aunque lo de «guerra» es bastante discutible, porque de un lado estaba la fuerza y del otro el padecimiento...—, forzado al exilio después de dolorosas experiencias familiares que se prolongarían lamentablemente, me dediqué a estudiar autocríticamente esas manifestaciones filosóficas en cuya gestación había participado. Fruto de ello fue un trabajo, que concebí como un breve artículo. Después se convirtió en un texto extenso, donde por primera vez se dio cuenta de los orígenes y la articulación conceptual de la filosofía de la liberación. Debo reconocer que se ha convertido en un clásico de referencia obligada. Incluso aquellos que señalaron desacuerdos con la interpretación allí esbozada, no pueden ocultar su deuda con esos enfoques.² Actualmente se ve resurgir el interés general por los temas que en los sesenta y setenta nos preocupaban, aunque muchas veces tergiversando el sentido y mistificando acerca de un presunto desinterés por la democracia o un voluntarismo revolucionarista irreflexivo e ingenuo. Nada menos cierto. Pero, en todo caso, las situaciones de injusticia, exclusión, marginación, sumisión y dependencia, que en aquellos años se destacaron a partir de la experiencia profunda de la alteridad, vuelven a estar sobre la mesa o, mejor, en plenas calles en la exigencia de la resistencia popular y de su organización para recrear la práctica política en la región y en otras regiones del planeta. Las insuficiencias teóricas de la filosofía de la liberación en sus diferentes versiones no le restan méritos al esfuerzo efectuado en su oportunidad. Por ello siempre he planteado que lo importante es el avance del proceso liberador como tal y que se debe hablar de filosofías para la liberación, donde lo importante es ese o esos procesos.

(RS). *Había una relación estrecha con la teología de la liberación e incluso, algunos sostienen que se retroalimentaban. ¿De qué manera se procesó esa relación todo este tiempo y cuál es la relación actual con ella?*

(HCG). No exclusivamente con la teología, sino con todo el pensamiento de la liberación. La pedagogía del oprimido de Paulo Freire, el teatro popular de Augusto Boal, la «teoría» de la dependencia. Y, antes y como marco de

2 Me refiero a *Filosofía de la liberación latinoamericana*. Prólogo de Leopoldo Zea. México: FCE, 2.ª ed., 1992 (la 1.ª ed. es de 1983), 320 p. Se encuentra en proceso la tercera edición corregida y aumentada. Trabajos elaborados antes, durante y después de ese libro se encuentran reunidos en volumen bajo el título *Filosofías para la liberación ¿liberación del filosofar?* Prólogo de Arturo Rico Bovio. Toluca, Estado de México: UAEM, 2.ª ed., 2001 (la 1.ª es de 1997), 221 p.

referencia del conjunto, lo que se conoció como el «boom» (en expresión discutible y discutida) de la literatura latinoamericana. En la obra antes mencionada examiné eso con todo el detalle que pude. Para ceñirnos a la teología, de conformidad con su pregunta, creo que hay que tomar en consideración algunos puntos nodales. El error frecuente de hablar de la «teología de la liberación» en bloque, como si a su interior las posiciones fueran homogéneas. Ni lo son, ni lo fueron. Por razones ideológicas, generacionales, etc. Tampoco su recepción o repercusión fue uniforme al interior de las filosofías *para* la liberación. Algunas prolongaron la teología en la filosofía enfatizando la ética. Otras valoraron sus esfuerzos hermenéuticos como expresión de la cultura latinoamericana, pero se centraron en las dimensiones epistemológicas y políticas con independencia de toda posición fideísta. Siempre he tenido la impresión de que la tendencia de la 'alimentación', para seguir con la metáfora de su pregunta, ha ido de la teología a la filosofía y no tanto a la inversa. Con todo, la creatividad en teología ha sido muy grande y su repercusión pública mayor, seguramente por sus connotaciones pastorales directas. En todo caso y a pesar de la ingente bibliografía disponible, percibo menos originalidad actualmente y una cierta reiteración de tesis muchas veces no bien digeridas. Un estudio a fondo de las virtualidades y matices de la producción inicial de la teología de la liberación está todavía pendiente. Es comprensible también que los ataques implacables de que ha sido objeto hayan afectado al movimiento. La última designación nada menos que de Ratzinger como Papa coloca la discusión de nuevo sobre la mesa. Por su parte, espero mucho de las investigaciones en curso sobre las modalidades y aportes, muchas veces pioneras de la reflexión protestante. Trabajos como los de Rubem Alves revelan una creatividad y un ingenio trasgresor y subversivo en dimensiones sugestivas y poco apreciadas todavía. La filosofía académica (por no decir refugiada en el academicismo) no tiene ni idea de estos desarrollos y le haría mucho bien rastrearlos e informarse. Llevo años insistiendo en lo mucho que se puede y se debe aprender de la hermenéutica bíblica de la liberación para una hermenéutica rigurosa y fecunda.³

(RS). Desde los célebres debates sobre la existencia o no (Zea, Salazar Bondy) de la filosofía latinoamericana, cuánto han cambiado nuestras preguntas filosóficas y qué tanto la imagen de nosotros mismos como cultura?

3 He tratado de sugerir líneas de reflexión en: «Preliminares hacia una recuperación del cuerpo en el pensamiento latinoamericano contemporáneo», en prensa.

(HCG). He mostrado en otros trabajos que con el texto de Augusto Salazar Bondy de 1968 se abre la segunda mitad del siglo XX en filosofía latinoamericana.⁴ En nuestra historia general se abrió en 1959 con la Revolución Cubana. En filosofía con ese libro clásico, que lleva a su culminación el largo debate sobre la existencia o no y abre un debate sucedáneo sobre los caracteres de esa filosofía. Es a lo que Leopoldo Zea responde con *La filosofía latinoamericana como filosofía sin más* de 1969, pero que tuvo otras intervenciones destacables como la de Helio Gallardo, por ejemplo.⁵ En *Filosofar desde Nuestra América...* traté de mostrar cómo se puede filosofar —y de facto se lo ejerce— lo nuestro americanamente. Lo importante es desarrollar una actitud epistemológicamente pertinente, rigurosa y fecunda, que permita avanzar en el estudio y transformación de la realidad sociohistórica en que se desenvuelve nuestra vida cotidiana. Es constatable que muchos colegas siguen con la discusión de si existe o no existe una filosofía latinoamericana, discusión que reiteran como callejón sin salida de una supuesta contraposición entre particularistas y universalistas (con una variedad de denominaciones que no puedo repetir aquí para no cansar). Olvidan el inmenso e importante desarrollo de la Historia de las Ideas, que mostró fehacientemente la existencia con larga data de una reflexión filosófica que bien puede denominarse como propia, aunque quizá no siempre del todo apropiada (en las diversas insinuaciones del término). Se olvidan de la advertencia del Martí de *Nuestra América*: «Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea...», que se sitúa en la gestación misma de nuestro filosofar. No han estudiado ni menos atendido a las enseñanzas y propuestas decisivas de Francisco Miró Quesada, quien en su *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano* de 1974 distinguió y caracterizó la oposición entre proyecto «asuntivo» y proyecto «afirmativo» e inicio su superación.

Finalmente, creo que no hay que confundir las taras academicistas, con la concepción de cultura. ¡Tantas veces la academia no ha estado a la altura de las demandas de las grandes mayorías en la región! En todo caso, es irrelevante que algunos tengan dudas de nuestra capacidad de interlocución en el ámbito mundial. Que la repercusión sea escasa, todavía es constatable. Pero cada vez más se participa en un diálogo desigual, deni-

4 Cf. *Filosofar desde Nuestra América. Ensayo problematizador de su *modus operandi**. México: Miguel Ángel Porrúa / UNAM, 2000, 202 p.

5 Sobre este debate he tratado en varios trabajos. Remito, entre otros, a «La manifestación más reciente del pensamiento latinoamericano», que apareció en *Cuadernos Hispanoamericanos* de Madrid en 1982 y se reproduce en *Filosofías para la liberación...*, *op. cit.* pp. 35-63.

grante e invisibilizador por definición. No por mérito de los intelectuales, sino por la resistencia de los sectores sociales que se organizan para defender su dignidad y pronunciar su palabra, constructora de futuros que no sean más de lo mismo. Sólo el intento ya es valioso y abre nuevos derroteros insospechados y sin garantías de logro ninguno. Pero vale la pena recorrerlos.

(RS). ¿Desde su punto de vista cuál es el estado actual de la filosofía latinoamericana? ¿Qué le espera a ésta y cuáles son sus tareas filosóficas?

(HCG). Goza de buena salud, si a eso se refiere la pregunta. Y eso, aunque no sea, ni mucho menos, hegemónica en la academia. Quizá el no serlo la sobreexige más y mejor. Con esta constatación no se puede, sin embargo, dejar de advertir mucho de diletantismo, repetición acrítica o trivializaciones sin sustento, que se presentan como filosofía latinoamericana. En todo caso, cada vez son menos los que toman la expresión en sentido literal y la valoran en su arbitrio histórico.

A la filosofía no sé qué le espere al filosofar un camino fecundo y abierto de par en par. Siempre y cuando estemos a la altura de las exigencias teóricas y sociales que implica, las tareas son ingentes: conocer nuestras tradiciones y para ello hay que reconstruirlas críticamente. Así, quedaremos en condiciones de prolongarlas o de disentir con conocimiento de causa. Articular la reflexión a la movilización social, que pugna por transformaciones impostergables. Allí es donde hay que aportar el granito de arena del esfuerzo racional, de ingenio (intelecto y pasión en máxima tensión) en pro de una vida colectiva (e individual) que merezca el nombre de humana. El debate con las ciencias y la tecnología, no flirteando con lo que deberían ser, sino a partir de lo que efectivamente son y han sido en la región, para abrir cauce a las políticas públicas que se requieren al respecto. El reconocimiento y aprendizaje de otras modalidades de filosofar que están vigentes en los pueblos originarios y en nuestra raíz africana. La recepción y procesamiento del radical aporte epistemológico del feminismo. El reconocimiento de la larga demanda por la democracia en la región, sus características y el modo de consolidar una democracia radical en la calle, en la casa y en la cama. La reelaboración conceptual, con el apoyo de las ciencias sociales y de la historia, de viejos fenómenos más vigentes que nunca: imperialismo, revolución, poder, religión, ideología, dependencia, utopía, comunidad, cultura de masas. La transformación del modo en que se forma a los «profesionales» de la filosofía en la academia, particularmente en las universidades públicas. Es

menester incrementar la disposición de servicio a la colectividad. Conviene mostrar la vigencia de la reflexión filosófica en el debate público. Llevar la filosofía a la calle o, mejor todavía, ser capaces de recoger, leer, interpretar la filosofía que surge en la calle y potenciarla —o criticarla y modificarla, si es el caso.

(RS). En un mundo globalizado, en la que también se agudizan las diferencias sociales, ¿cuál es el rol del filósofo y más todavía desde nuestra condición latinoamericana?

(HCG). Antes de que se pusiera de moda hablar de mundo «globalizado» dos de nuestros grandes maestros nos marcaron el camino con toda precisión. Simón Rodríguez insistía: en nuestra América «no inventar es errar» y José Martí recalaba: «Pensar es servir». Como filósofos debemos concientizarnos de que somos primero y siempre ciudadanos y así deberemos participar en la lucha en contra de las formas de una globalización que nos somete y nos explota. Eso no podremos eludirlo. Nuestro aporte específico irá por el lado del ejercicio crítico, si somos capaces de hacer primero el autocrítico, para colaborar con aquello en que estamos (deberíamos estarlo) ejercitados: el esfuerzo racional, argumentativo, desocultador de manipulaciones ideológicas, iluminador de rutas por donde «surearnos», que demasiado norteados o desorientados estamos ya...

(RS). Nuestra comunidad ya no sólo latinoamericana sino iberoamericana ¿tiene puentes de comunicación? ¿Hay algo en común entre nuestras comunidades y cómo nos situamos frente a otras tradiciones como la europea o la norteamericana?

(HCG). Hay puentes, pero no suficientes. El mayor esfuerzo por hacer es leernos, conocernos, criticarnos, «retroalimentarnos» (para seguir con su término). Para ello es menester un gran esfuerzo de circulación de nuestros materiales y un gran esfuerzo para alcanzar la actitud adecuada. Hay que pensar, primero que nada, que vale la pena también leer a los nuestros. Con las mismas precauciones y finura de matices (filológicos, lingüísticos, etc.) con que leemos a los clásicos de otras partes y también reconocer que tenemos nuestros clásicos. Además, incluso la lectura de clásicos de otras partes suele no venir acompañada del reconocimiento de que no los empezamos a leer hoy, sino que hay una larga tradición de lectura que merece ser conocida y evaluada. El diálogo con la filosofía africana y asiática sigue estando pendiente, por cierto.

Frente a las tradiciones europea y norteamericana no «nos situamos». Nos situaron y seguimos muchas veces de rodillas. Eso es lo que debe cambiar, por aquello de que «... nuestra historia nos es más necesaria» (de nuevo Martí). No por ignorar la otra, que ese es también uno de nuestros pendientes. Conocerlos mejor en su historia propia, contextualizarlos para dejar de «idolizarlos» e idealizarlos ingenuamente, como si fueran la expresión de lo universal, sin más.

(RS). Mencione cinco libros imprescindibles de la filosofía latinoamericana y razones por las cuáles los escogió.

(HCG). Es muy difícil reducirlos a sólo cinco. Pero para seguir las reglas del juego que marca su pregunta anoto los siguientes, sin menoscabo de muchos otros que merecerían estar también aquí mencionados y que para mí han sido y siguen siendo imprescindibles.

Augusto Salazar Bondy, *¿Existe una filosofía de Nuestra América?* de 1968. Por las razones ya dichas y porque fue capaz de articular la Historia de las Ideas con el debate sobre la existencia y con las condiciones que consideraba indispensables para una filosofía auténtica.

Francisco Miró Quesada, *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano* de 1974. También por las razones antes dichas y por otras que se agregan a continuación. Se nota que la edición es tardía con respecto al contenido del texto. Seguramente se demoró más de lo previsto en los trámites editoriales. En este texto se narra con todo rigor el testimonio del surgimiento de la filosofía latinoamericana contemporánea a partir de los magisterios fundamentales de Francisco Romero (desde Argentina) y de José Gaos (desde México).

Leopoldo Zea, *Filosofía de la historia americana* de 1978. En este libro cumple el discípulo con el compromiso que tenía con su maestro José Gaos y da cuenta de una Filosofía de la Historia de esta América en el marco de la historia mundial. Es quizá el libro más meditado y logrado de toda la importante producción de Zea.

Arturo Andrés Roig, *Teoría y crítica del filosofar latinoamericano* de 1981. Este texto constituye uno de los momentos clave del historicismo latinoamericano, donde a partir de Kant y Hegel se sistematiza un filosofar que prolonga la Historia de las Ideas en nuestros días, mostrando toda su vigencia y su filo crítico.

Francesca Gargallo, *Las ideas feministas latinoamericanas* de 2004. Porque completa una faceta muy descuidada de la reflexión filosófica latinoamericana: la del pensamiento feminista latinoamericano. Y lo hace con rigor, recurso cuidadoso a las fuentes y prosa primorosamente cuidada.

(RS). *¿Qué nos puede decir de filósofos peruanos y sus producciones reflexivas?*

(HCG). Respondo preocupado, porque la memoria juega malas pasadas. En todo caso y sin ánimos de exhaustividad, puedo mencionar algunos de los aspectos que más han repercutido en mi propia reflexión.

José Carlos Mariátegui inicia sus *Siete ensayos...* con un epígrafe de Nietzsche citado directamente del alemán: «Ya no quiero leer a ningún autor en el que se advierta su intención de hacer un libro, sino a aquellos cuyos pensamientos se convirtieron sin pretenderlo en un libro». ¿Sería excesivo leerlo como una reivindicación de la fuerza del ensayo como búsqueda de conocimiento acerca de una compleja realidad? En todo caso, hay un aprecio al eclecticismo, que pone en cuestión su rechazo indiscriminado. Son dos temas a seguir repensando desde su esfuerzo por situarse en el Perú y la «Nuestra América» de su tiempo.

Francisco Miró Quesada es un maestro que me ha honrado con su amistad y de quien me he beneficiado de su magisterio indirecto en innumerables reuniones académicas y diálogos muy fecundos, además del provecho que proporciona la lectura cuidadosa de sus obras. Siempre sentí una particular afinidad con sus enfoques, justamente por su fina dedicación a la lógica, al estudio de la razón, por sus conocimientos matemáticos y científicos. Su rigor epistemológico, su erudición, su humanismo y su conocimiento de la ciencia son mundialmente reconocidos. Por algo ha sido el primer y hasta ahora el único latinoamericano Presidente de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía. A ello debo agregar su sensibilidad por la historia y, particularmente, por la Historia de las Ideas y su participación protagónica, crítica y fraterna en la filosofía latinoamericana.

Gustavo Gutiérrez no necesita comentarios como teólogo de la liberación. Aquí me interesa subrayar el provecho filosófico que la lectura y estudio de su obra produce. Si tuviera que sintetizar en sólo tres aspectos su aporte diría: solamente hay una historia humana; salvación y liberación son conceptos complementarios, pero no equivalentes; la utopía es la vivencia de un ya, pero todavía no, que no se confunde con la escatología.

Augusto Salazar Bondy fue un renovador que dio pasos adelante. Formado en la fenomenología y la tradición llamada analítica, no descuidó su labor como Historiador de las Ideas peruanas. Su concepto de dependencia con dominación constituye un aporte fundamental y poco atendido en la reflexión ulterior. Su *Bartolomé o de la dominación* constituye un intento muy fecundo de explorar las posibilidades didácticas del diálogo filosófico en ámbitos más amplios que la pura actividad académica. En esta obra debe agradecerse su esfuerzo fundamentalmente de ingenio.

María Luisa Rivara de Tuesta es también una maestra muy querida y con una actitud vital muy comprometida. Sus trabajos de Historia de las Ideas, recogidos en tres valiosos volúmenes por el FCE en Lima, han permitido reconstruir no sólo buena parte del pensamiento colonial sino también del pensamiento precolonial en la zona andina. Así, hemos podido acceder por la vía de las crónicas a partes sustanciales del pensamiento filosófico quechua. Sus trabajos sobre José de Acosta y sobre los *Ideólogos de la Emancipación Peruana* son de consulta obligada. Este último tuvimos la fortuna de reeditarlo hace unos años aquí en México, en Toluca.

David Sobrevilla también ha hecho un aporte muy destacado con los dos volúmenes de su *Repensando la tradición nacional*. Es provechoso leerlo también por sus críticas sugerentes a los autores que estudia minuciosamente.

Edgar Montiel fue mi compañero de trabajo hace años durante un tiempo aquí en el CCYDEL y hemos mantenido nuestra amistad con el paso del tiempo. Ha desarrollado una producción intensa desde la UNESCO, promoviendo la reflexión latinoamericanista. Recuerdo sus textos sobre *Juventud de la crisis* (que él coordinara), *Barro Pensativo* y, sobre todo, *El Humanismo Americano*, donde despliega toda su experiencia de muchos años en la búsqueda de un pensamiento propio.

Carlos Franco es un reconocido maestro en Psicología Social, pero no puedo dejar de recordar aquí su muy importante estudio *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina* donde brinda elementos fundamentales para la reflexión filosófico-política.

Morgan Quero es un joven intelectual peruano dedicado a la sociología, pero también ha hecho sugerentes aportes para el pensamiento político latinoamericano. Destaco, sobre todo, sus estudios sobre las rebeliones recientes que han culminado en la renuncia y/o destitución de presidentes en la región.